



Amartya Sen: Una opinión contraria

Leí con gran interés el excelente artículo sobre Amartya Sen (“Ser libre es progresar”, septiembre de 2004). Como economista indio de Santiniketan, la escuela donde estudió el profesor Sen, me interesa mucho lo que dice y hace. Si bien soy un ferviente admirador suyo, ningún retrato debe ser exclusivamente adulatorio. Siempre hay otra cara de la moneda: la imperfección forma parte de cualquier hombre o mujer. Por lo tanto, permítame que le presente una opinión contraria.

Si bien es cierto que el profesor Sen llevó a cabo estudios innovadores sobre el hambre y la pobreza, no fue el primero en señalar que la disminución de la oferta de alimentos no es la causa de las hambrunas, sino un sistema ineficiente de prestaciones sociales. Jawaharlal Nehru y Mahatma Gandhi expresaron ideas parecidas en los años veinte. La receta de Sen de democracia, libertad y prensa libre como garantía para luchar contra la pobreza en los países pobres es utópica, ya que no reconoce que en la mayoría de los países en desarrollo, sino en todos, la democracia se obtiene en la forma y no en la realidad, que la libertad se deteriora y se convierte en licencia, y que la prensa, salvo honrosas excepciones, suele ser partidista y poco ética. En muchos países pobres, la política es una lucha entre los intereses a corto plazo de políticos egoístas y los intereses a largo plazo de alcanzar un desarrollo pacífico y sostenible.

El profesor Sen señala los logros sociales del estado de Kerala como ejemplares, pero ha sido escaso o nulo el asesoramiento de política que ha brindado para solucionar los problemas actuales del modelo de Kerala (desempleo masivo, jóvenes con una sólida formación académica no empleables, altas tasas de morbilidad, consumo autodestructivo y un cambio ocupacional alarmante en detrimento del sector agrícola, el “mal holandés” y la ampliación de las diferencias entre los ricos y los pobres).

Si bien el profesor Sen ha subrayado la importancia de la reforma agraria en India, no menciona la imperiosa necesidad de democratizar el acceso a los activos y a la propiedad, como se logró en China.

Por último, no es correcto indicar que el profesor Sen ha fundado una ciencia innovadora del desarrollo humano. Se ha limitado a cambiar su postura de vez en cuando entre la economía convencional, la economía marxista y la economía humanística, sin defender tenazmente ninguna de ellas.

K. John Mammen
Economista del desarrollo
Kerala, India

Reforma: ¿Qué ritmo funciona mejor?

Coincido con John McMillan (“Reforma: ¿Qué ritmo funciona mejor?”, septiembre de 2004) en que las reformas en los países en desarrollo deben ser graduales e ir paso a paso, y no rápidas y de gran alcance, como propone Oleh Havrylyshyn. El enfoque de MacMillan tiene en cuenta las dificultades de aplicar reformas que fomenten el crecimiento y el bienestar en los países en desarrollo.

Cada estrategia de reforma requiere que se cumplan dos condiciones fundamentales. Primera, el programa de reforma debe adaptarse a las necesidades del país. No servirá aplicar una

sola estrategia que se adapte a todos los países porque los sistemas administrativos y políticos son diferentes. Segunda, los programas de reforma también deben tener una lógica gradual que sea iterativa e interactiva. Por ejemplo, no darán resultado los intentos de poner en marcha un programa de privatización si antes no se llevan a cabo las reformas financieras.

La mayoría de los países en desarrollo, en particular en África subsahariana y en menor medida en África, están inmersos en un círculo económico vicioso de bajo crecimiento del PIB, rápido aumento de los déficit fiscales, desempleo estructural, escasa inversión extranjera directa, altos niveles de deuda y déficit comerciales crónicos. Abrir estas economías a los mercados mundiales no es una solución, ya que solo aumentaría su vulnerabilidad económica y social a la competencia internacional.

Hasta la fecha, el enfoque del FMI, basado en los documentos de estrategia de lucha contra la pobreza, no ha permitido lograr un desarrollo real. En cambio, el FMI debería establecer un servicio de emergencia a corto plazo que sirva como punto de partida para alcanzar el crecimiento sostenido. Sin embargo, a largo plazo, debe reconsiderarse todo el proceso de reforma.

Hicham Houari
Ministro de Hacienda y Privatización
Marruecos

El FMI debe luchar contra la corrupción

Cyrus Rustomjee (“Los países en desarrollo necesitan más voz”, septiembre de 2004) señala acertadamente que, transcurridos cinco años desde el establecimiento del servicio para el crecimiento y la lucha contra la pobreza (SCLP), ha habido numerosos fracasos en África subsahariana. En mi propio país, Camerún, el fracaso obedeció a una gestión pública deficiente en general y a la corrupción en particular. En África subsahariana prolifera la gestión pública deficiente porque en la mayoría de los países no rige el Estado de Derecho. En consecuencia, persisten la inestabilidad política y la fragilidad institucional, lo que favorece la corrupción y dificulta la planificación.

Los programas respaldados por el FMI en los países de bajo ingreso no tendrán éxito si antes no mejoran la democracia y el Estado de Derecho. Mientras el FMI no muestre una mayor determinación para luchar contra la corrupción ejerciendo presión sobre los gobiernos para que adopten medidas eficaces, esta no desaparecerá. Esta presión, siempre que no socave el propio régimen, podría incrementar la transparencia en esos países, obligando, por ejemplo, a los gobiernos a declarar regularmente su patrimonio financiero o publicar la gestión del presupuesto nacional. Esta medida se probó en Uganda y dio buen resultado, a pesar de que ese país no sea un modelo de democracia.

Evariste Fopoussi Fotso
Douala, Camerún

¡Háganos llegar su opinión!

Diríjanos sus comentarios, que no deberán exceder de 300 palabras, a fanletters@imf.org o a Editor-in-Chief, *Finance & Development*, International Monetary Fund, Washington, D.C., 20431, EE.UU.